

20 de septiembre

XXV domingo de tiempo ordinario

Isaías 55, 6-9 / Sal 144 / Filip 1,20c-24.27a / Mateo 20,1-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «el reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña.

Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo y les dijo: “Id también vosotros a mi viña y os pagaré lo debido”. Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: “¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?”. Le respondieron: “Nadie nos ha contratado”. Él les dijo: “Id también vosotros a mi viña”.

Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: “Llama a los jornaleros y págalos el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros”. Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Al recibirlo se pusieron a protestar contra el amo: “Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno”. Él replicó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?”. Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos».

(Mateo 20,1-16)

1. ¿Qué dice la Palabra?

Iniciamos este domingo la escucha de una serie de parábolas que recoge el evangelista Mateo y que tienen como elemento común el trabajo en la viña.

Aun cuando la cultura urbana nos invade cada vez más y hay que explicar a las nuevas generaciones que el vino no se elabora en una fábrica como los refrescos, sino que procede del trabajo en el campo, no nos resulta extraño ni ajeno el lenguaje que usa Jesús en esta parábola.

La situación que señala Jesús provoca, por otra parte, sentimientos encontrados. Sabemos que trabajar en la viña es colaborar con Jesús en el Reino de Dios y que no hay mayor gozo que, en algún momento de nuestra vida, haber sido llamados a la misión, cada uno desde nuestro estado de vida y nuestro rincón de la Iglesia. Pero al mismo tiempo parece que la dureza del trabajo en el campo no parece satisfacer a los jornaleros, cuyo único consuelo es recibir al final de la jornada el denario pactado.

Asimismo, nos parece justo que cada uno reciba según su trabajo y por tanto quien trabaja más que reciba más y quien trabaja menos reciba menos... Pero, ¿qué ocurre cuando el salario que se recibe es el cielo? ¿hay unos cielos más grandes que otros, o una eternidad más larga que otra, o una salvación más salvífica que otra? Quizá nuestro problema sigue siendo creer que el cielo nos lo ganamos nosotros con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo y olvidamos que la salvación —siempre más grande que nuestros méritos— nos viene gratuitamente el amor misericordioso de Dios.

Una vez más nos encontramos con ese sutil retrato de nuestra condición humana: los empleados tratan de dar lecciones de justicia al dueño de la viña. Los discípulos tratan de enseñar al maestro. Las criaturas tratan —o tratamos— de enseñar al Creador a hacer su obra. Los que necesitan ser salvados, tratan —o tratamos— de enseñar al Señor cómo nos debe salvar.

Creemos en el Dios de las segundas oportunidades, en el Dios que no se cansa de invitarnos a trabajar en su viña aunque estemos en el atardecer de nuestra existencia, en el Señor que nos ofrece el denario de la eternidad lleguemos a la hora que lleguemos a la Viña del Reino.

¡Qué alegría de poder compartir con Jesús el trabajo de la Viña!, ¡qué gozo saber que la recompensa —siempre inmerecida— es el cielo!, ¡qué hermosura que el Dios de las últimas oportunidades siempre está dispuesto a contratarnos para compartir con Él la obra de la creación!

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la página del Evangelio de hoy (cf *Mt* 20, 1-6) encontramos la parábola de los trabajadores llamados jornaleros, que Jesús cuenta para comunicar dos aspectos del Reino de Dios: el primero, que Dios quiere llamar a todos a trabajar para su Reino; el segundo, que al final quiere dar a todos la misma recompensa, es decir, la salvación, la vida eterna.

El dueño de un viñedo, que representa a Dios, sale al alba y contrata a un grupo de trabajadores, concordando con ellos el salario para una jornada. Después sale también en las horas sucesivas, hasta la tarde, para contratar a otros obreros que ve desocupados. Al finalizar la jornada, el dueño manda que se dé dinero a todos, también a los que habían trabajado pocas horas. Naturalmente, los obreros que fueron contratados al principio se quejan, porque ven que son pagados de igual modo que aquellos que han trabajado menos. Pero el jefe les recuerda que han recibido lo que había estado pactado; si después él quiere ser generoso con otros, ellos no deben ser envidiosos.

En realidad, esta «injusticia» del jefe sirve para provocar, en quien escucha la parábola, un salto de nivel, porque aquí Jesús no quiere hablar del problema del trabajo y del salario justo, ¡sino del Reino de Dios! Y el mensaje es éste: en el Reino de Dios no hay desocupados, todos están

llamados a hacer su parte; y todos tendrán al final la compensación que viene de la justicia divina —no humana, ¡por fortuna!—, es decir, la salvación que Jesucristo nos consiguió con su muerte y resurrección. Una salvación que no ha sido merecida, sino donada, para la que «los últimos serán los primeros y los primeros, los últimos» (*Mt* 20, 16).

Con esta parábola, Jesús quiere abrir nuestros corazones a la lógica del amor del Padre, que es gratuito y generoso. Se trata de dejarse asombrar y fascinar por los «pensamientos» y por los «caminos» de Dios que, como recuerda el profeta Isaías no son nuestros pensamientos y no son nuestros caminos (cf *Is* 55, 8). Los pensamientos humanos están, a menudo, marcados por egoísmos e intereses personales y nuestros caminos estrechos y tortuosos no son comparables a los amplios y rectos caminos del Señor. Él usa la misericordia, perdona ampliamente, está lleno de generosidad y de bondad que vierte sobre cada uno de nosotros, abre a todos los territorios de su amor y de su gracia inconmensurables, que solo pueden dar al corazón humano la plenitud de la alegría.

Jesús quiere hacernos contemplar la mirada de aquel jefe: la mirada con la que ve a cada uno de los obreros en espera de trabajo y les llama a ir a su viña. Es una mirada llena de atención, de benevolencia; es una mirada que llama, que invita a levantarse, a ponerse en marcha, porque quiere la vida para cada uno de nosotros, quiere una vida plena, ocupada, salvada del vacío y de la inercia. Dios que no excluye a ninguno y quiere que cada uno alcance su plenitud.

Que María Santísima nos ayude a acoger en nuestra vida la lógica del amor, que nos libera de la presunción de merecer la recompensa de Dios y del juicio negativo sobre los demás.

Papa Francisco. Ángelus 24/09/2017

3. *¿Qué le decimos a Dios?*

Hora de la tarde, fin de las labores.

Amo de las viñas, paga los trabajos de tus viñadores.

Al romper el día nos apalabraste.

Cuidamos tu viña del alba a la tarde.

Ahora que nos pagas, nos lo das de balde,
que a jornal de gloria no hay trabajo grande.

Hora de la tarde, fin de las labores.

Amo de las viñas, paga los trabajos de tus viñadores.

Das al vespertino lo que al mañanero.

Son tuyas las horas y tuyo el viñedo.

A lo que sembramos dale crecimiento.

Eres Tú la viña, cuida los sarmientos.

Hora de la tarde, fin de las labores.

**Amo de las viñas, paga los trabajos
de tus viñadores, de tus viñadores.**

Podéis oír esta canción en Youtube:

<https://www.youtube.com/watch?v=mengGXf92Ss>